

*Toynbee y la Sociología Sistemática.* Howard BECKER y Philip FROLICH. Jornadas Núm. 32. Colegio de México. Centro de Estudios Sociales. Fondo de Cultura Económica. México, D. F., 1945, 50 pp.

Henos aquí frente a un historiador que se ha granjeado la atención de los sociólogos. Se trata de Arnold Toynbee, un erudito scholar oxoniense que de 1930 a 1940 se ha dedicado, con envidiable serenidad y paciencia, a publicar una monumental historia de la cultura humana. La novedad que aporta Toynbee proviene del panorama anchuroso que se ha propuesto acotar. Nada de historias regionales, nacionales o siquiera continentales, sino universal, íntegramente universal. Una historia de todas las culturas humanas, nacidas, vivas, muertas o en trance de muerte, en los últimos quince mil años. Y esta amplitud la motiva un doble propósito: articular su enorme erudición en un todo coherente y descubrir en desarrollos culturales de enorme radio y de profusa multiplicación la comprobación de ciertos esquemas sobre el desenvolvimiento de la cultura, sobre las fases que atraviesa la empresa humana de estructurar una civilización.

Toynbee ha planeado su ensayo sin ahondar en implicaciones filosóficas. Para los enterados en estos asuntos no escapa la proximidad de su intento a una filosofía de la historia. Casi mecánicamente la atención se vuelve hacia Spengler que puso en lugares comunes la consideración de las fases en que se desenvuelve toda cultura. Toynbee no es filósofo, no cae en la cuenta de las consecuencias trascendentales que entraña su ensayo. Como historiador que maneja un material abundante, se permite sacar ciertas tesis generales de desarrollo que se cumplen, aproximadamente, en cada una de las culturas examinadas. A diferencia de los filósofos no procede *a priori* sino *a posteriori*: después de haberse sumergido en los testimonios escritos de veintiuna culturas concluye que en todas y cada una se cumple un ciclo de evolución con fases bien marcadas desde el nacimiento de la cultura hasta su desintegración. Estas designaciones de nacimiento, crecimiento y muerte, conviene advertirlo, no tienen para Toynbee ninguna significación organicista, es decir, no puede hablarse de la cultura como de un organismo, como de un ser vivo, tal y como acontece en Spengler.

En el libro I Toynbee plantea el sentido de su ensayo. Su propósito es rebasar el localismo de las historias al uso. De aquí su interés por una historia universal. El pensamiento histórico contemporáneo, piensa Toynbee, se solaza en lo inmediato, en la historia de las cosas que más próximamente rodean al especialista y deja a un lado las perspectivas más amplias que estimen la historia como un todo del cual las manifestaciones localistas sean momentos parciales.

El libro II “Génesis de las Civilizaciones”, afronta el problema del nacimiento de una cultura. Toynbee rechaza el medio físico y la raza como factores causales de la civilización; el origen de la cultura es más bien una respuesta a ciertas exigencias o requerimientos emanados ya de la raza, ya del medio, indistinta o combinadamente. Cuando un grupo humano se siente incómodo en su vida habitual produce una reacción de adaptación o de acomodo. En este desequilibrio, que provoca la reacción o respuesta, tiene origen la cultura. Esta réplica a condiciones adversas para ser eficaz tiene que conservarse dentro de ciertos límites, si exagera o atempera su medida la cultura no se produce. Todo esto que, dicho esquemáticamente, parece mero juego de palabras y pura vaguedad, recibe en el libro de Toynbee profusa y concreta ejemplificación que ayuda a precisar su significado.

El libro III “Desarrollo de la Civilización” se ocupa del proceso que sigue una cultura cuando ha logrado nacer. Toynbee rechaza, como irrelevantes, criterios usuales acerca de la estimación del desarrollo de una cultura. Tales, por ejemplo, el creciente dominio material o la expansión territorial. Estos no son para Toynbee signos de que una civilización esté desarrollándose. Más bien forja otros. Uno, importantísimo, que llama “autodeterminación de la acción”, consiste en una progresiva conciencia de las finalidades que persigue la cultura, de los valores que se pone como objetivo, es decir, una creciente racionalización de las acciones de sus componentes.

Otro, llamado por Toynbee “Eterealización” es un proceso que lleva a la civilización hacia valores espirituales, que la aparta de lo físico, de lo groseramente sensible y la conduce hacia lo inmaterial; dicho en pocas palabras, de lo físico a lo metafísico. Estas dos notas, autodeterminación de la acción y eterealización son para Toynbee signos efectivos del desarrollo de una cultura.

El libro IV “Ocaso de las Civilizaciones” describe el proceso por el que se detiene esa autodeterminación y eterealización. Para Toynbee la civiliza-

ción no degenera por una fatalidad inevitable, como en Spengler, en que la decadencia es el término obligado de toda cultura, sino que es un hecho contingente, accidental. Toynbee introduce tres factores descriptivos de esa detención.

El primero lo llama "mecanización de la mimesis". Cuando la cultura está en desarrollo normal la respuesta a las exigencias del medio y de la raza se opera con entusiasmo y espontaneidad. Los creadores de la civilización sugieren los movimientos adecuados y las masas los siguen dócilmente. Pero con el tiempo este proceso se obtura. Las respuestas se hieratizan y anquilosan, todo se vuelve mecánico, decaen por igual la gana y el entusiasmo; la cultura se convierte en una máquina que tiene prefijado el sentido de sus movimientos. El segundo factor resultante del primero, es la rigidez de las instituciones. Los órganos de la cultura se calcarizan, se vuelven poco flexibles; ante las exigencias de lo nuevo, no pueden operar, son pesados y rígidos.

El tercero, finalmente, lo llama Toynbee "Nemesis de la capacidad Creadora", consiste en un movimiento aberrante en que la cultura empieza a vivir únicamente de las glorias del pasado. La historia magnífica de otros tiempos pesa sobre las nuevas generaciones, las ahoga; en el pasado están registradas las respuestas eficaces que la cultura ha dado y ya no se inventan nuevas. Se desconfía de un tipo de adaptación no calcado de otros tipos. Es una especie de venganza que ejecuta el pasado, burlándose de todo intento de adaptación que no sea uno de los ya probados.

El libro quinto, finalmente, describe la desintegración de la civilización, la cultura es ya incapaz de reaccionar, se produce en su seno el cisma. Grupos minoritarios pesan sobre grandes masas, se ha perdido la autodeterminación y la civilización se fragmenta, se atomiza, se crean sociedades dentro de una sociedad. El líder ya no influye entusiastamente, su tarea es entonces salvar a la sociedad, suscitarle la imagen de mejores tiempos o bien librarse de la sociedad, llevarla por caminos nunca hollados. Toynbee señala tres estilos de este proceso: arcaísmo, futurización, transfiguración. El arcaísmo trata de volver a la civilización sobre sus pasos, de torcerle la cabeza hacia el pasado; la futurización, por el contrario, habla escatológicamente, promete para un porvenir más o menos lejano un estado de beatificación.

Estos dos procesos los considera Toynbee como fracasos y postula el único eficaz: la transfiguración. Esto es propiamente una escapada del tiempo, un tramontar la historia. El líder conduce a la civilización hacia un

mundo de valores intemporales, trascendentes; es la vía franca hacia la superación religiosa, hacia la contemplación de lo infinito actual, del universo de esencias eternas. Toynbee con esto termina su ensayo, así ha cumplido y desplegado su esquema original, ha seguido paso a paso la creación de la civilización, su desarrollo, su ocaso y su desintegración.

Caben ahora las observaciones de los filósofos y de los sociólogos. Unos y otros ven en la obra de Toynbee aspectos que los incitan directamente. Los filósofos de la historia pueden recabar para sí buena parte de la obra de Toynbee; su intento cae en los linderos de la filosofía. Todo ese despliegue enorme de culturas lleva a la constatación de un sentido ínsito en la historia humana. De otro lado esa transfiguración de que habla Toynbee es una evasión de lo temporal a lo eterno. Fuera de la filosofía esta apreciación de Toynbee es inaceptable. Para un filósofo positivista no es en manera alguna claro el tal proceso de transfiguración, es más bien una de tantas huidas de una mente religiosa hacia su lugar de origen.

Los sociólogos —y el ensayo que comentamos se debe a dos de ellos—, ven en Toynbee otras cosas. En primer lugar una comprobación de que no andan desencaminados. La pretensión de la sociología, fiel a Comte, de hallar leyes de desenvolvimiento, se ve confirmada en la obra de este historiador que ha sabido encontrar, sin ningún prejuicio sociologista, aproximadamente lo mismo que buscan los sociólogos: leyes, legalidades en el desenvolvimiento de la sociedad humana.

Otra lección da también Toynbee a los sociólogos: la utilización de un gran acopio de materiales. A los sociólogos que se ahogan en ámbitos muy restringidos Toynbee opone, victoriosamente, la enseñanza de una ciencia que maneja grandes campos de experiencia humana. Nada más saludable para una sociología que se asfixia en análisis de límites estrechos. Toynbee ha demostrado que la sociología puede ser una vez más ciencia de amplios contornos, una efectiva sociología sistemática.

EMILIO URANGA